

cioné más arriba (nota 1). Simultáneamente, convencía a Barral que le confiara la edición, en su serie Biblioteca Crítica, de la *Poesía Completa* de Vallejo —edición para la cual contó con la «asistencia» de Felipe Obarrio, entretanto promovido a Fiscal de la Cámara Federal de la Nación Argentina—. Debidamente «fiscalizada», la obra salió en Barcelona en 1978; se trataba de la primera edición en un solo tomo, materialmente cuidado, en tanto incorporado en una colección prestigiosa, que se publicaba en España de la totalidad del *opus poético* vallejiano, incluyendo los «poemas juveniles», los «poemas esporádicos», y cuanto se conoce de «primeras versiones» de *Los Heraldos Negros* y de *Trilce*, así como de *España, aparta de mí este cáliz*.

Con todo, ya desde el punto de vista textual, a pesar de sus méritos, tendía a ilusionar al lector desprevenido cuanto pretendía imponer como «científicamente» establecida, una ordenación de los otrora llamados *Poemas Humanos*, ahora distribuidos entre *Nómina de Huesos* y *Sermón de la Barbarie*, si no absolutamente arbitraria, que hubiera merecido discusión.

Los responsables de Barral habían evitado lo peor al exigir de Larrea que ese primer volumen integrara el conjunto de los versos, dejando para un segundo, que probablemente ellos nunca tuvieron la intención de programar, «el tratamiento» minucioso con el que quería acompañarlos (*PCB*, p. 539). De cualquier manera, la extensión del mismo consintió que el texto de Vallejo quedase sepultado bajo un comentario decididamente *terrorista*, que, desde su primera hasta su última línea, distribuía, entre truenos y relámpagos, una verdad caída de lo Alto, aun cuando el Jehová tonante que la administraba se distraía en tejer consideraciones algo arriesgadas sobre «la experiencia erótica de Vallejo en el Perú», o en saldar la vieja deuda de odio que mantenía con «la persona con quien Vallejo llegó a contraer matrimonio» (*AV* 11, p. 184).

II

El problema con Larrea está en que él es «la persona» que ha escrito más páginas sobre Vallejo, cuya obra le era como a nadie familiar, no sólo porque, de hecho, fue un tiempo el amigo del alma del poeta, sino porque, desde el día siguiente de su muerte, se puso a leer y releer su obra hasta sabérsela de memoria, volviéndose capaz de manejar con brillo el sinnúmero de sus correspondencias, así como de poner en evidencia, a través del análisis del detalle, muchos significados nuevos e iluminativos. Lo digo con toda buena fe, pues, cuando me he vuelto albo de sus furias por determinadas interpretaciones de tal o cual verso críptico de Vallejo, no he vacilado, en dos oportunidades por lo menos, en reconocer lo acertado de su crítica, si bien no los oscuros designios que, para explicar mis yerros, intentaba asimismo achacarme.

Tal vez, un día, alguien se dé el trabajo de revisar tantos folios que su «amor» singular de Vallejo le dictó a Larrea a partir de 1938, con el objeto de separar lo bueno de lo malo, o sea todo lo que en ellos es susceptible de secundar la lectura de la *poesía* vallejiana, de todo lo que, al contrario, es susceptible de perturbarla. Hasta que llegue ese día, uno se ve forzado a denunciar el intento que globalmente representa de sujetar dicha lectura a la *Weltanschauung*, previamente formada, del *exégeta*.

Ya advertí que Larrea empezó a idear lo que vendría a ser el *sistema* de su vida, y

conjuntamente de su espíritu, en aquellos meses de 1930-31 que pasó en el altiplano andino, cerca del Titicaca, entre Cuzco, Puno y Arequipa. De regreso a Europa, más precisamente a París, se puso a escribir «torrencialmente» (AV 11, p. 210), «a resultas de (una) experiencia» —la que conoció en el Perú— «que le había desencadenado los mecanismos cerebrales».

Vallejo se encontraba entonces en Madrid; acababa de publicar *El Tungsteno*, su «novela proletaria», y *Rusia en 1931*, «reflexiones al pie del Kremlin», y se preparaba para un último viaje a la URSS, como invitado al I Congreso Internacional de Escritores. Inscrito en el Partido Comunista Español, se había persuadido, al cabo de largas cavilaciones, que debía sacrificarlo todo, transitoriamente, a la causa de la «revolución mundial». En efecto, aceptaba que la historia podía estar a punto de alumbrar una sociedad finalmente capaz de abolir la explotación del hombre por el hombre y de dar a cualquier hijo de hombre la posibilidad de vivir humanamente. Su fe en la inminencia de tan magno suceso era lo que lo impulsaba a dictaminar, con su Servando Huaco, que «lo único que podían hacer», entretanto, los intelectuales era «hacer lo que les dijese» los pobres, los obreros: «Más tarde, ya se vería».

Porque habría un «más tarde». Aún en el momento de su más total dedicación a la lucha partidaria, de acuerdo con lo que consideraba como «la rigurosa experiencia histórica» del «materialismo dialéctico», Vallejo seguía interrogándose acerca del marxismo. En las propias páginas de *Rusia en 1931*, se sentía obligado a «zanjar las fronteras históricas y sociales entre la revolución proletaria y el proceso religioso de la época», pues no dejaba de preocuparse por el «más tarde», cuando volvería a plantearse, más aguda que nunca, la pregunta: «¿Resuelve el marxismo los múltiples problemas del espíritu? ¿Ha enfocado toda la esencia humana de la vida? Su aspecto científico ¿abastece y satisface a las necesidades extracientíficas y, sin embargo, siempre humanas y, lo que es más importante, naturales de nuestra conciencia?»

Lo que lo llevaba a manifestar que, bien podía «la revolución socialista», para realizarse, tener que luchar «contra tales o cuales obstáculos sociales, derivados del sentimiento o interés religioso imperante en determinada colectividad», «lo hacía solamente desde un plano político y económico», sin «tomar ningún partido» ni «fincar ninguna perspectiva sistemática y militante en contra ni en favor del sentimiento religioso, ni por su subsistencia ni por su fin». «La palabra de orden *La religión es un opio para el pueblo* no tenía sino un alcance táctico»; a la revolución «no le concernía saber la suerte que tendrían las creencias religiosas en el porvenir».

Se entiende que, en la primera carta enteramente suya⁸ que le escribió a Larrea cuando supo que había regresado de América, después de casi dos años que no se comunicaban, le explicará que la *política*, a la que, en el intervalo, había ido «por el propio peso de las cosas y sin que estuviese en sus manos evitarlo», «no había matado totalmente lo que él era antes»: «He cambiado, seguramente, pero soy quizás el mismo. Comparto mi vida entre la inquietud política y social y mi inquietud introspectiva y personal y mía para adentro».

⁸ Anteriormente le había escrito otra «a medias con Gerardo Diego».

Desde que la divulgó, en 1957, Larrea esgrimió repetidas veces esa carta, con todo derecho, para demostrar contra tirios y troyanos, y especialmente contra Georgette Vallejo, algo que no necesitaba mucha demostración: que la actividad militante nunca representó para Vallejo un absoluto y que, si bien llegó, en 1931, a renunciar por ella a sus otras actividades, fue en forma provisional, con miras a acelerar el triunfo de la revolución, a sabiendas de que, una vez alcanzado ese triunfo, quedaría por definir «en qué medida y hasta qué punto» el marxismo tenía aptitud para «salvar a la humanidad»: para dar satisfacción a todas sus «necesidades», las «extracientíficas» como las «científicas».

Con menos derecho, se ha valido Larrea de esa misma carta para sostener que Vallejo, durante su permanencia en Madrid, se alistó en el combate político (hasta dedicarle todo su tiempo), tan sólo por «las dificultades apremiantes y los naturales compromisos» de su situación de exilado: «Necesitaba apoyo y lo buscó en el partido. Eso y no otra cosa es lo que decía, lo cual se ajustaba a la mera verdad» (AV 5, p. 353).

No me detendré. Advierto únicamente que, al glosar una y otra vez un documento, desde luego, particularmente expresivo, Larrea propendió siempre a escamotear dos párrafos: aquellos en que Vallejo se quejaba de lo que, a su ver, Madrid tenía «de aburrido, de vacío y de aldeano» y, sobre todo, declaraba la mediocre confianza que le merecía «la revolución española»: «el nuevo Rey Niceto I» y «la dictadura del *General Azaña*». Un escamoteo nada sorpresivo, por parte de quien consideraba altamente «simbólico» que Vallejo haya estado «presente en Madrid el 14 de abril» para dejar «explotar» su «entusiasmo» junto con el pueblo «cuando cayó como del cielo esa República popular que tan honda importancia desempeñaría pocos años después en el tramo final de su experiencia y en su tránsito» (PCB, p. 89).

Es cierto que, en 1936, frente a la agresión de la «barbarie» que amenazaría, entonces, a España, después de Etiopía, y simultáneamente con China, Vallejo identificará la «causa de la República española» con la del pueblo español, el cual lo hará olvidarse del etíope y del chino, no bien se convenza, como «iberoamericano», de que España, que en el pasado «había sacado de la nada un continente», estaba en el presente «sacando de la nada al mundo entero»,⁹ y llegue paulatinamente a proclamar «el mundo español hasta la muerte» y a «querer desgraciarse» para acompañar la «marcha», en son de «agonía mundial», de los «voluntarios» de su República. No es menos cierto que, en 1931, había acogido el nacimiento del nuevo régimen con el mayor escepticismo, sin pensar ni un momento, como lo pensó Larrea, que «era en lo intrínseco un régimen de paz», con el cual «espontáneamente volvía a dar renuevo en la historia el ideal anti-quísimo que puso nombre a Jerusalem, *ciudad de la paz*», y luego «asistió con su razón al judeo-cristianismo» (RE-Avis, p. 435).

Larrea no ignoraba el pormenor, ya que él mismo contribuyó a que se conociera. Pero, en ese caso, como en otros, no vaciló en torcer los hechos porque daba por asentado que conocía a Vallejo mejor de lo que Vallejo había podido conocerse.

⁹ «La responsabilidad del escritor», en C.V., Desde Europa (crónicas y artículos), ed. de Jorge Puccinelli, p. 445.